

*Jeannette Walls*

CABALLOS  
SALVAJES

Traducción de Pablo Usabiaga

punto de lectura



Título original: *Half Broke Horses*  
© 2009, Jeannette Walls  
© Traducción: 2010, Pablo Usabiaga  
© De esta edición:  
2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.  
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)  
Teléfono 91 744 90 60  
[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-1515-9  
Depósito legal: B-14.117-2011  
Impreso en España – Printed in Spain

Cubierta: © Epica Prima / Alejandro Colucci

Primera edición: mayo 2011

Impreso por **blackprint**  
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A QUELLAS VIEJAS VACAS SUPIERON antes que nosotros que se avecinaban problemas.

Ya había transcurrido buena parte de aquella tarde de agosto, el aire era cálido y pesado, como solía ocurrir en la estación lluviosa. Poco antes habíamos visto el resplandor de algunos relámpagos cerca de los montes Burnt Spring, pero habían pasado de largo hacia el norte. Yo había terminado casi todas mis tareas de la jornada y me encaminaba hacia los pastos con mi hermano Buster y mi hermana Helen a traer las vacas para ordeñarlas. Pero cuando llegamos allí, los animales se comportaban como si estuvieran inquietos. En lugar de arremolinarse alrededor del portón, como el resto de los días a esas horas, estaban paradas con las patas rígidas y el rabo tieso, sacudiendo la cabeza, escuchando.

Buster y Helen alzaron su mirada hacia mí y, sin decir una palabra, me arrodillé y apoyé la oreja en el suelo. Percibí un ruido sordo, tan débil y apagado que más que oírlo lo sentí. Entonces supe lo mismo que las vacas: iba a llegar una riada.

Cuando me puse de pie las vacas salieron corriendo en estampida, dirigiéndose hacia la alambrada sur, y cuando llegaron al alambre de espino lo saltaron por encima —jamás había visto a una vaca saltar tan alto y tan limpiamente— y a continuación salieron disparadas hacia zonas más altas.

Pensé que lo mejor que podíamos hacer era salir también nosotros corriendo, así que agarré de la mano a Helen y a Buster. Para entonces ya podía sentir el suelo vibrando bajo mis zapatos. Vi las primeras aguas corriendo a raudales sobre la parte más baja de la pradera y supe que no tendríamos tiempo de alcanzar la zona más alta. En medio del prado había un viejo álamo, con una amplia copa y un tronco nudoso, y corrimos hacia él. Helen tropezó, pero Buster le agarró la otra mano, la levantamos y la llevamos en vilo entre los dos mientras corríamos. Cuando llegamos al álamo, alcé a Buster hasta la rama más baja y él tiró de Helen hacia el interior de la copa del árbol. Subí temblando y envolví con mis brazos a Helen justo cuando una pared de agua de unos dos metros de alto, que arrastraba las rocas y las ramas que encontraba a su paso, golpeó el álamo, empapándonos a los tres. El árbol se estremeció y se dobló tanto que podíamos oír cómo la madera crujía. Algunas de las ramas más bajas fueron arrastradas por la corriente. Temí que pudiera arrancarlo de raíz, pero el álamo se enderezó rápidamente y nosotros hicimos lo mismo, aferrándonos con los brazos mientras un gran torrente de agua color caramelo, llena de restos de árboles con alguna que otra ardilla enredada o con marañas de serpientes, surgía debajo de nosotros, extendiéndose por encima de las zonas más bajas de la pradera buscando su nivel.

Nos quedamos sentados allí, en aquel álamo, mirando, más o menos durante una hora. El sol empezó a ponerse detrás de los montes Burnt Spring, tiñendo las altas nubes de carmesí y proyectando largas sombras purpúreas hacia el este. Debajo de nosotros el agua todavía fluía hacia el sur, y Helen dijo que se le estaban cansando los brazos. Sólo tenía siete años y temía no poder aguantar mucho tiempo más.

Buster, que tenía nueve, estaba encaramado en una gran rama en forma de horquilla. Yo tenía diez años. Era la mayor, y me puse al mando diciéndole a Buster que le cambiara su sitio a Helen para que ella pudiera sentarse derecha y no tuviera que aferrarse con tanta fuerza. Un poco después oscureció, pero salió una luna brillante que nos dejaba ver realmente bien. Cada poco tiempo, los tres intercambiábamos nuestros sitios, de forma que a ninguno se le cansaran los brazos. La corteza me arañaba los muslos, y a Helen también, y, cuando tuvimos ganas de orinar, simplemente nos vimos en la necesidad de mojar-nos. Más o menos cuando había transcurrido la mitad de la noche, la voz de Helen empezó a debilitarse.

—No puedo aguantar más tiempo —dijo.

—Sí que puedes —repliqué yo—. Puedes, porque debes.

Les aseguré que íbamos a conseguirlo. Yo sabía que lo lograríamos porque podía verlo en mi mente. Podía vernos a nosotros mismos caminando colina arriba en dirección a casa a la mañana siguiente y podía ver a nuestros padres que salían corriendo a recibirnos. Eso es lo que pasaría, aunque conseguirlo dependía de nosotros.

Para evitar que Helen y Buster se quedaran dormidos y se cayeran del álamo, los acribillé a preguntas sobre la tabla de multiplicar. Cuando éstas se nos acabaron, pasé a los presidentes de Estados Unidos y a las capitales de los estados, luego a las definiciones de palabras, a buscar palabras que rimaran con otras y a cualquier otra cosa que se me ocurriera, hablándoles con brusquedad si sus voces titubeaban. Así fue como mantuve a Helen y a Buster despiertos toda la noche.

\*\*\*

Con las primeras luces del alba, pudimos ver que el agua todavía cubría la tierra. En la mayor parte de los sitios una riada repentina se retiraba al cabo de un par de horas, pero los pastos estaban en las zonas bajas cercanas al río, y a veces el agua permanecía allí durante días. Sin embargo había dejado de moverse, y había empezado a ser absorbida por los desagües y las presas.

—Lo logramos —afirmé.

Supuse que sería seguro caminar por el agua, así que bajamos del álamo. Estábamos tan entumecidos de sujetarnos a él toda la noche que apenas podíamos mover las articulaciones, y el barro nos succionaba los zapatos, pero llegamos a la zona seca cuando estaba saliendo el sol, y subimos la colina hasta casa tal como yo lo había visto en mi mente.

Nuestro padre estaba en el porche, caminando de un lado a otro con ese paso desigual que tenía a causa de su pierna coja, y cuando nos vio soltó un grito de alegría y empezó a bajar los escalones cojeando para venir a nuestro encuentro. Mamá salió de casa y se acercó a nosotros

corriendo. Se puso de rodillas, juntó las manos por delante y empezó a rezar mirando hacia el cielo: daba gracias al Señor por haber salvado a sus hijos de la riada.

Mamá afirmó que si nos habíamos salvado había sido porque ella se había quedado toda la noche rezando.

—Poneos de rodillas y dad gracias a vuestro ángel de la guarda —dijo—. Y agradecédmelo también a mí.

Helen y Buster se arrodillaron y empezaron a rezar con mamá, pero yo me limité a quedarme de pie, mirándolos. Desde mi punto de vista, había sido yo la que los había salvado, a ellos y a mí misma, no mamá ni ningún ángel de la guarda. No había nadie subido a ese álamo aparte de nosotros tres. Papá se colocó a mi lado y me pasó el brazo alrededor de los hombros.

—No había ningún ángel de la guarda, papá —dije.

Empecé a explicar cómo había logrado que subiéramos al álamo a tiempo, que se me había ocurrido lo de intercambiar los sitios cuando se nos cansaron los brazos y que había mantenido despiertos a Buster y a Helen durante la larga noche sometiéndolos a interrogatorios.

Papá me apretó el hombro.

—Bueno, cariño —dijo—, tal vez el ángel hayas sido tú.

**T**ENÍAMOS UNA GRANJA junto al arroyo Salt, el cual desembocaba en el río Pecos, en la ondulada y arenosa pradera del oeste de Texas. El cielo era alto y pálido, la tierra baja y parecía lavada, gris y de todos los colores de la arena. Algunas veces el viento soplaba durante días y días, pero otras veces estaba tan quieto que se podía oír ladrar al perro del rancho Dingler, que estaba tres kilómetros río arriba, y cuando pasaba un carro por el camino el polvo que levantaba se quedaba suspendido en el aire durante un largo rato antes de volver a depositarse en el suelo.

Cuando se miraba a la lejanía, casi todo lo que se podía ver —el horizonte, el río, las alambradas, las acequias, los matorrales— se extendía en la llanura, y la gente, el ganado, los caballos, las lagartijas y el agua se movían todos con lentitud, cautelosamente.

Era una tierra dura. El suelo era como una roca —salvo cuando una inundación lo convertía todo en barro—, los animales eran huesudos y resistentes, e incluso las escasas plantas eran espinosas. Aunque de vez en



cuando las tormentas cargadas de truenos traían consigo asombrosas explosiones de flores silvestres. Papá decía que High Lonesome, el nombre por el que se conocía aquella zona, no era un lugar para los que tenían poca cabeza o el corazón débil, asegurándome que por eso él y yo encajábamos tan bien allí. Ambos éramos duros de roer.

Nuestra granja apenas tenía sesenta y cinco hectáreas, lo cual no constituía una hacienda completa en esa parte de Texas, en donde la tierra era tan seca que se necesitaban por lo menos dos hectáreas para criar una sola cabeza de ganado. Pero nuestra finca bordeaba el canal, así que valía diez veces más que la tierra sin agua, y podíamos mantener los caballos de tiro que adiestraba mi padre, las vacas lecheras, decenas de gallinas, algunos cerdos y pavos reales.

Los pavos reales formaban parte de uno de esos planes de papá para conseguir dinero que no habían tenido demasiado éxito. Había pagado una buena suma por importar de una granja del este pavos reales para la reproducción. Estaba convencido de que aquellas aves eran un indiscutible signo de elegancia y distinción, y de que la gente que le compraba caballos para los carruajes también estaría deseosa de soltar cincuenta pavos por una de aquellas distinguidas aves. Su plan era vender solamente los machos, de modo que fuéramos los únicos criadores de pavos reales a esta orilla del Pecos.

Desgraciadamente, había sobreestimado la demanda de aves ornamentales en el oeste de Texas —incluso entre los dueños de carruajes—, y en pocos años nuestro rancho estaba plagado de pavos reales. Andaban ufanos por todas partes, chillando, picándonos en las rodillas, asustando a los caballos, matando a los pollitos y atacan-

do a los cerdos, aunque tengo que admitir que constituía una espléndida estampa cuando, de vez en cuando, esos pavos reales hacían una pausa en su campaña de terror para desplegar su plumaje y acicalarse.

\*\*\*

Los pavos reales eran sólo una actividad complementaria. La ocupación primordial de papá eran los caballos de tiro: criarlos y adiestrarlos. Le encantaban los caballos, a pesar del accidente. Cuando él era un niño de tres años, estaba corriendo por el establo y un caballo le coceó en la cabeza, rompiéndole prácticamente el cráneo. Estuvo en coma unos días y nadie pensaba que fuera a salir adelante. Al final lo logró, pero el lado derecho de su cuerpo se le quedó ligeramente atrofiado. Arrastraba la pierna derecha y el brazo le colgaba como el ala de un pollo. Además, cuando era joven, había pasado largas horas trabajando en el ruidoso molino del rancho de su familia, lo que le había dejado un poco duro de oído. Como consecuencia, hablaba de un modo extraño y hasta que uno no se acostumbraba no lograba entender bien lo que decía.

Papá nunca culpó al caballo por soltarle aquella coz. Le gustaba explicar que lo único que el caballo sabía era que cierta criatura del tamaño de un puma andaba deslizando junto a sus ijadas. Los caballos nunca se equivocaban. Siempre actuaban como actuaban por alguna razón, y dependía de cada uno entenderlo o no. Y aunque había sido un caballo el que casi le rompe el cráneo, él amaba a los caballos porque, a diferencia de las personas, siempre le entendían lo que decía y nunca se compadecían de él. Así que, a pesar de que no podía sentarse en

una silla de montar debido al accidente, se convirtió en un experto adiestrador de caballos de tiro. Si no podía cabalgar sobre ellos, podía conducirlos.

**Y** O NACÍ, EN UNA CASA EXCAVADA en la tierra a orillas del arroyo Salt, en 1901, al año siguiente de que papá saliera de la cárcel, en donde había estado cumpliendo condena por una falsa acusación de asesinato.

Papá había crecido en un rancho en el valle del Hondo, en Nuevo México. Su padre, que era un colono en esas tierras, fue uno de los primeros anglosajones del valle, al que llegó en 1868, pero cuando papá todavía era joven ya se habían trasladado a la zona más colonos de los que el río podía mantener y había constantes discusiones sobre los límites de las propiedades, especialmente por los derechos sobre el agua: cada uno aseguraba que sus vecinos que estaban corriente arriba usaban más agua que la cuota que les correspondía en un reparto equitativo, mientras que los que estaban corriente abajo afirmaban lo mismo en contra de aquéllos. Estas disputas a menudo acababan en peleas, juicios y disparos. El abuelo, Robert Casey, fue asesinado en una de esas disputas, cuando papá tenía catorce años. Tuvo que ponerse al frente

del rancho junto a su madre, pero los altercados se siguieron produciendo, y veinte años más tarde, cuando fue asesinado un colono tras otra discusión, papá fue declarado autor de su muerte.

Aseguró que alguien le había tendido una trampa para incriminarle. Escribió largas cartas a congresistas y editores de periódicos alegando su inocencia, y, tras pasar tres años en la cárcel, fue puesto en libertad. Poco después de salir de la cárcel, conoció a mamá y se casó con ella. El fiscal estaba investigando si podía reabrir el caso, y papá creyó que todo se olvidaría si se esfumaba. Así que él y mamá se fueron del valle del Hondo a High Lonesome, en donde solicitaron nuestras tierras, que estaban situadas a lo largo del arroyo Salt.

Mucha de la gente que estaba colonizando High Lonesome vivía en casas excavadas, porque la madera para construir era muy escasa en esa parte de Texas. Para hacer nuestra casa, papá excavó poco más que un gran agujero; utilizó ramas de cedro a modo de vigas y las cubrió con tierra. La pequeña casa tenía una habitación, suelo de tierra apisonada, una puerta de madera, una ventana de papel encerado y una estufa de hierro fundido con un tubo de chimenea que salía a través del techo.

Lo mejor de vivir en ella es que era fresca en verano y no demasiado fría en invierno. Lo peor era que frecuentemente aparecían escorpiones, lagartijas, serpientes, ardillas, ciempiés y topos, que se abrían paso entre la tierra y salían de las paredes. Una vez, en medio de una cena de Pascua, cayó una serpiente de cascabel sobre la mesa. Papá, que estaba cortando el jamón, ensartó al bicho clavándole el cuchillo detrás de la cabeza.

Además, cada vez que llovía los techos y las paredes de la casa se convertían en barro. A veces caían del techo terrones de ese barro, y había que aplastarlos con la mano otra vez en su sitio. Y de vez en cuando, las cabras que estaban pastando sobre el techo clavaban una pezuña y lo atravesaban de lado a lado, así que teníamos que tirar de ellas para sacarlas.

\*\*\*

Otro problema de vivir en aquella casa eran los mosquitos. Formaban nubes tan densas que a veces uno sentía que estaba nadando a través de ellos. Mamá era particularmente sensible a sus picaduras, que a veces le duraban días, pero fui yo la que acabó con fiebre amarilla.

En aquel entonces yo tenía siete años, y el primer día estaba ya retorciéndome en la cama, tiritando y vomitando. Mamá tuvo miedo de que todos los demás se contagiaran, así que, aunque papá insistió en que la transmitían los mosquitos, improvisó con una colcha una especie de aislamiento para dejarme en cuarentena. Papá era el único al que se le permitía cruzar al otro lado de la colcha y estuvo sentado conmigo durante días, humedeciéndome con agua de colonia, tratando de que bajara la fiebre. Cuando yo deliraba, visitaba brillantes lugares blancos de otro mundo y veía fantásticos animales verdes y púrpuras que aumentaban y disminuían con cada latido de mi corazón.

Cuando finalmente la fiebre cedió, pesaba unos cinco kilos menos y mi piel estaba toda amarilla. Papá bromeaba diciendo que mi frente había estado tan caliente que casi le quemaba la mano cuando la tocaba. Mamá asomó la cabeza por detrás de la colcha.

—Una fiebre tan alta puede cocerte el cerebro y causar un daño permanente —dijo—. Así que nunca le cuentes a nadie que la tuviste. Si lo haces, tal vez tengas problemas para conseguir marido.